



Memoria Académica

compartimos lo que sabemos
UNLP-FaHCE

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5



Miguel Faigón (UBA-CONICET)

mfaigon@gmail.com

La institucionalización de la 'sociología nacional' y sus estrategias

Si usted quiere, puse en juego lo que estaba fuera: los intelectuales siempre se ponen de acuerdo para dejar fuera de juego su propio juego y aquello que se juegan.

Pierre Bourdieu, "¿Los intelectuales están fuera de juego?"

Introducción

El objetivo del presente trabajo es ofrecer una interpretación del proceso de reconfiguración que experimentó el campo sociológico argentino entre los últimos años de la década del sesenta y los primeros de la del setenta y de los conflictos que lo atravesaron. Especialmente, buscaremos dar cuenta de cómo (a partir de qué estrategias) se consolidó e institucionalizó dentro del campo una nueva orientación autodenominada 'sociología nacional', encarnada principalmente en un conjunto de cátedras que alcanzaron significativa gravitación en la Carrera y en el Departamento de Sociología de la UBA en los años que siguieron a la intervención universitaria de 1966, las llamadas Cátedras Nacionales. Generalmente, se recurre para explicar este fenómeno a la politización, peronización y radicalización de los universitarios y de los intelectuales producida durante dichos años. Si bien estas claves resultan adecuadas, al esgrimir las puede perderse de vista que el campo académico de la sociología constituyó el primer horizonte de los conflictos científico-políticos entre los agentes y grupos de agentes que formaban parte del mismo.

Si bien no pretendemos ofrecer una mirada cínica sobre la politización, peronización y radicalización de los sociólogos, tampoco podemos quedarnos con la propia representación que los agentes ofrecieron de los procesos en los que se vieron involucrados. Aunque consideremos que de manera sincera muchos sociólogos aspiraron a conferir a sus prácticas académicas (docentes, ensayísticas y editoriales) una función militante que colaborará con la concreción de un proyecto de liberación nacional, eso no significa que no podamos traducirla al mismo tiempo como estrategias dirigidas a conquistar posiciones al interior del campo académico.

Irónicamente, hablamos en el título de este trabajo de la institucionalización de una orientación sociológica que siempre buscó legitimarse a través de una autoimagen politizante, antiacadémica y antiinstitucionalista. Sin embargo, dado que la misma tuvo como plataforma principal el dominio de algunos de los resortes institucionales más importantes de la disciplina, particularmente dentro de la Carrera y del Departamento de Sociología de la UBA¹ (espacios que procuró apropiarse y que luego se resistió a abandonar) creemos que es válida la propuesta de tratar de detectar y analizar cuáles fueron las estrategias de los agentes que promovieron dicha orientación para consolidar y extender su presencia dentro del campo sociológico argentino.

La historiografía de la sociología argentina sobre el período y una mirada alternativa

Tal como señala María Agustina Diez (2008, 2009 y 2010), la atención recibida por la etapa que siguió al año 1966 en la historiografía de la sociología argentina ha sido periférica si se la compara con respecto a la concedida al período anterior en el cual se creó la carrera de sociología en la UBA (la primera del país). También es cierto, como hace notar la misma autora, el hecho de que la representación más usual sobre la sociología argentina durante dicho lapso (1966-1976) es aquella que tanto para celebrarla como para denostarla, la caracteriza como una suerte de “no-campo académico”,² producto de los efectos disolventes y balcanizantes de la intervención estatal y de la hiperpolitización.

Diez, define al campo académico, como un espacio social científico-universitario, *relativamente autónomo*, cuya estructura se iría construyendo históricamente a medida que se diferencian los conocimientos sociales y se van institucionalizando prácticas de investigación y enseñanza. La autora se pregunta entonces, sin poner en duda que entre fines de los años sesenta y comienzos de los setenta la sociología (como casi todo el campo cultural argentino) haya atravesado un intenso proceso de politización, “¿vulneró esto la autonomía institucional a punto tal que se detuvo el

¹ Al referirse a las tres orientaciones sociológicas que habían predominado sucesivamente en el campo de la sociología académica entre 1948 y 1973 (la última de las cuales había sido justamente la “sociología nacional”) Francisco Delich (1977 p. 30) afirmará “Los tres estilos se consolidan en y a partir del control de uno o varios departamentos especializados en los distritos universitarios... Todos a su turno dispusieron de la universidad como plataforma de lanzamiento. *Desde esta perspectiva todas son académicas*” (el subrayado es nuestro)

² Diez explica esta visión adjudicándola a agentes que estuvieron involucrados en las luchas internas del campo sociológico en aquellos años. Aunque desde valoraciones muy diversas, esta mirada correspondería tanto a quienes celebraron o aun celebran la profunda politización que experimentó el campo de las ciencias sociales (González, 2001 Argumedo, 1971, Gutiérrez, 2009), como aquellos que tienden más bien a lamentar la pérdida de autonomía académica y científica. (Di Tella, 1980, Sigal 1991; Noé 2005; Sidicaro, 1993).

proceso de institucionalización alcanzado por el campo?; ¿existió una fragmentación tal que justifique pensar la sociología de la época como esta suerte de no-campo formado por agentes e instituciones desvinculados entre sí?” (2008, p. 41). Más directamente, se interroga en su tesis doctoral, “: ¿existió alguna autonomía académico-universitaria en el período 1966-1976 o es necesario concluir que se trató de un período de fuga de nuestros científicos sociales hacia el campo del poder?” (2009, p. 32)

La hipótesis que maneja la autora, respecto de las cuestiones que plantea, es que la politización no implicó necesariamente la pérdida absoluta de la autonomía del campo académico sociológico alcanzada durante la década anterior (la de su “institucionalización”), sino, más bien, una reconfiguración profunda de sus reglas de juego, como consecuencia de la variación de las apuestas de los agentes involucrados y de la *illusio* que los movilizaba. Esta reconfiguración de las reglas de juego se habría producido fundamentalmente a partir de la aparición dentro del campo académico de lo que Diez denomina *capital militante*³ junto con la posibilidad de convertirlo en capital académico.⁴

En lo que sigue, buscaremos, siguiendo el enfoque propuesto por Diez, detectar y analizar las estrategias de aquellos agentes que se encolumnaron detrás de la propuesta de una sociología nacional, para conquistar capital académico.

Sobre la periodización propuesta

Diez extiende el período a revisitar a partir de la mirada por ella propuesta desde 1966 hasta 1976, año en que la nueva intervención estatal en el campo académico de la sociología habría quebrado definitivamente su autonomía. Por nuestra parte, hemos decidido acotar el período a abarcar hasta 1971, el motivo es que creemos que a partir de dicho año el panorama se vuelve más complejo (sobre todo para un trabajo que como el nuestro se centra la experiencia de la sociología nacional) y ya no resulta tan sencillo abordarlo a través del mentado enfoque. En 1971

³ Fernanda Beigel (2010, p. 27) siguiendo a Matonti y Poupeau (2007) define al capital militante como “una serie de aprendizajes y competencias que son incorporadas en experiencias políticas colectivas y son transferibles a distintos universos”. Sin embargo, Germán Fernández (2010, p. 273) hace depender estos aprendizajes y competencias de un reconocimiento que las convierta en “valor militante”, esta segunda definición nos interesará más. Vale la pena aclarar que Beigel, Diez y Fernández forman parte de un mismo equipo de trabajo dirigido por la primera.

⁴ También implicaría la posibilidad opuesta de convertir capital y reconocimiento académico en capital militante, pero a los fines de este trabajo esto no nos interesará demasiado.

la gran mayoría de los docentes de las Cátedras Nacionales fueron desplazados de sus cargos en la facultad, a partir de un intento de parte de las autoridades de la intervención de regularizar la carrera de sociología a través del llamado a concursos. En el primer cuatrimestre de dicho año, Justino O'Farrell dictó una última materia, "Estado y Nación", y luego ensayó una despedida de la universidad en su "Carta a los compañeros" (O'Farrell, 1971). Tras este alejamiento, empezó disolverse y descomponerse la identidad del grupo en tanto colectivo intelectual y docente, y varios de los que lo conformaban se incorporaron de manera más plena a organizaciones políticas revolucionarias, alejándose del mundo universitario. Es en ese mismo año que la revista *Antropología 3er. Mundo*, vinculada hasta aquel momento a las Cátedras Nacionales, abandonó su subtítulo de *Revista de Ciencias Sociales* y comenzó a pasar a manos del Peronismo de Base.⁵

Antecedentes

Para poder dar cuenta de cómo se reconfiguró el campo sociológico tras la intervención de las universidades nacionales y se produjo la 'institucionalización' de la sociología nacional, es necesario señalar primero, brevemente, cuáles fueron las alteraciones que éste experimentó poco tiempo antes, a partir de la crisis de la hegemonía del proyecto modernizador bajo el cual Gino Germani había creado y organizado la carrera de sociología en la UBA a mediados de los años '50. En segundo lugar será importante observar cuáles fueron los efectos más inmediatos de la intervención universitaria.

El período 1957-1962 fue el de mayor hegemonía de la orientación sociológica promovida por Gino Germani (la cual suele denominarse como científica o empírica) dentro del campo sociológico argentino. Es durante ese lustro que dicha orientación logra desplazar a la llamada sociología de cátedra (amén de que esta última siguió vigente en algunas universidades del interior como la de Córdoba) que había reinado durante los años peronistas.

La renovación y modernización de la disciplina propuesta por Germani buscó que la misma se adaptase a una sociedad cada vez más moderna y compleja, posibilitando analizarla y conocerla desde un punto de vista científico y neutralmente valorativo. Más allá de su propuesta

⁵ Luego, ya en 1973, algunos de los docentes que habían formado parte de la experiencia de las CN (entre los que se encontraría O'Farrell, quien sería consagrado como Decano) volvieron a la Facultad de Filosofía y Letras durante lo que sería la experiencia de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires, pero ésta ya sería una historia distinta.

estrictamente intelectual, el proyecto de Germani tomó contornos claramente políticos que favorecieron su instauración. Fue la expectativa de que pudiera ofrecer una fórmula desperonizadora una de las razones que ayudaron a brindar legitimidad a la nueva empresa académica. En ese sentido, el principal sostén político del proyecto de Germani estuvo constituido en su inicio por el movimiento estudiantil reformista, profundamente antiperonista.

Pero cuando la intervención a las universidades tuvo lugar, sólo nueve años después de la creación de la carrera, el proyecto elaborado por Germani se hallaba en crisis, y su autor alejado del Departamento de Sociología de la UBA y exiliado en Harvard desde 1965. Las causas principales de la crisis hay que buscarlas en la inversión de las condiciones de posibilidad que habían favorecido la cristalización del proyecto a mediados de los años '50. A comienzos de la década del '60 algunos de los discípulos más aventajados de Germani, como Eliseo Verón, Miguel Murmis, Silvia Sigal, Carlos Marín e Inés Izaguirre, habían comenzado a alejarse de su maestro y a cuestionar a la orientación en la que lo encasillaban, el estructural-funcionalismo.⁶ Estos docentes, identificados con el marxismo, comenzaron a introducir dicha tradición en los programas de las materias, así como otras orientaciones críticas del estructural-funcionalismo hasta entonces dominante en la carrera. Por otra parte, el humor del movimiento estudiantil hacia Germani y su propuesta intelectual había cambiado radicalmente, ya muy influenciados por el antiimperialismo de la revolución cubana y en profundo proceso de revisión de su pasado antiperonista, los militantes estudiantiles habían comenzado a ver en la figura de Germani y en la orientación sociológica por él pregonada, la representación de intereses imperialistas en el campo de las ciencias sociales.

A pesar, de que el campo sociológico ya se encontraba convulsionado debido a su politización los efectos desestructurantes de la intervención estatal fueron mucho más notorios. Luego de múltiples renuncias, cesantías y no renovaciones de contratos, en marzo de 1967, de los 28 docentes con los que contaba el Departamento de Sociología de la UBA en julio de 1966 quedaban solamente 4. La mayor parte había ido a parar a centros privados de investigación

⁶ Es así como en 1965 este grupo de docentes e investigadores que actuaban en la UBA, junto con otros como Delich, fundó el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) con la intención de promover investigaciones desde un marco teórico y una metodología marxistas. No obstante, el centro cobraría mayor vitalidad luego de consumada la intervención.

como el Instituto Di Tella, la Fundación Bariloche o el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), en lo que pudieron continuar sus tareas de investigación.

Revisando los programas de las materias vemos que en el primer cuatrimestre de 1966, el último previo a la intervención, encontramos a cargo de materias correspondientes a al Departamento de Sociología a profesores como Eliseo Verón, Carlos Alberto Erro (quien continuaría tras 1966), Marta Bechis de Ameller, Inés Izaguirre, Juan Marsal, Gerardo Andujar. Eduardo Colombo, Juan V Sourrouille Silvio Frondizi, Miguel Murmis, Silvia Sigal, Rodriguez Bustamante, Ana María Eichelbaun de Babini, Marta Fischman de Slemenson y Norberto Rodriguez Bustamante. En cambio, en el primero de 1967 (el primero de funcionamiento más o menos normal tras la intervención) encontramos a Nuria Cortada (quien permanecía del período anterior), Luis B. Campoy, Enrique Spadari, Francisco Arias Pellerano, Julio A. Gayol, Mario Peralta Sanhuesa, Margaritti, Roberto Brie, Rolando Gioja y Gonzalo Cárdenas. Entre los primeros, la mayoría habían sido reclutados por Gino Germani y formaban parte de la Asociación Sociológica Argentina, fundada por él. Entre los segundos, la mayoría provenían de medios intelectuales ligados a la Iglesia Católica.

Surgimiento de las Cátedras Nacionales

En “Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre”, Horacio González (2000, p. 77), quien formara parte de la experiencia de las Cátedras Nacionales, afirma respecto de los profesores entrantes luego de la intervención:

“...el grupo que los substituía [a quienes el autor denomina como “renunciantes”] estaba integrado por profesores vinculados a las derechas católicas, donde transitaban ideas corporativistas, un comunitarismo conservador y una identidad profesional vinculada a instituciones militares (...) En ese momento *otros* profesores que por un momento pudieron señalarse como indiferenciados de esos adictos al nuevo régimen se desprendían del magma imperante para desviar una historia...”

Es decir, la intervención de las universidades nacionales, tuvo como consecuencia inmediata el alejamiento de los docentes funcionalistas y marxistas de la universidad y su migración a centros de investigación privados y el ingreso a la universidad pública de profesores católicos de quienes las autoridades de la intervención podían esperar justificadamente adhesión al nuevo régimen,

clerical y tradicionalista. Fue la curiosa alianza entre algunos de los profesores entrantes (como sería el caso de Justino O'Farrell y Gonzalo Cárdenas⁷) y estudiantes (recién recibidos a punto de hacerlo) vinculados al movimiento estudiantil (que gozaban en ese momento de mayor capital militante que académico) lo que le permitió a los primeros consolidar y ampliar los espacios institucionales ocupados tras la intervención y a los segundos acelerar sus carrera académicas y ocupar cargos de auxiliares para los que de otro modo hubieran tenido probablemente que esperar más tiempo. De esta alianza nacerá la experiencia de las Cátedras Nacionales que a la brevedad se convertirán en predominantes dentro de la carrera.⁸

Un campo común: los bienes en disputa

Al referirse a las dificultades de la sociología en la Argentina para conformarse como un campo cultural autónomo, Silvia Sigal (2001, 12) afirma:

“entre 1968 y 1974 se produjo una segmentación tan radical que no resulta fácil referirse a una sociología, a un campo sociológico. En un contexto de intensa politización de las capas medias los circuitos profesionales se organizaron en sistemas y sobre bases institucionales inconexas: la sociología “nacional” batallaba contra una sociología “marxista” en la Universidad, mientras que los herederos de la sociología “científica”, permanecían en centros de investigación privados y articulados a las redes de la comunidad internacional. Rara vez existieron debates. Lo usual fue la ignorancia recíproca a partir de la convicción ella sí compartida, de que no existía nada en común entre la reflexión de unos y de otros.”

Más allá de que ciertamente, como afirma Sigal, [que por otra parte, sigue explícitamente el diagnóstico de Delich (1977)] los grupos que nucleaban a los distintos agentes del campo sociológico de la época, no se hayan reconocido como interlocutores válidos y se hayan

⁷ Digamos, muy brevemente, que estos profesores venían influenciados por los procesos de renovación y radicalización que estaban ocurriendo en las filas del militatismo católico a nivel internacional, regional y nacional a partir del Concilio Vaticano II.

⁸ El mismo Horacio González en una entrevista concedida a Burgos (2004, pp. 180-181) relata así el encuentro entre los profesores entrantes y el movimiento estudiantil, “La intervención nombra a dos cristianos, uno que es un sacerdote, Justino O'Farrell, y el otro que era Cárdenas, que era un cristiano de la Doctrina Social de la Iglesia. Yo era el presidente del Centro de Estudiantes en la época, y empezamos a cuestionarlos. Hasta que tuvimos charlas con ellos y vimos que ellos empezaban a cortar con la intervención, y a plantear una especie de marxismo nacionalista o nacionalismo marxista. Y establecimos muchos contactos con ellos. Las propias Cátedras Nacionales son una alianza de un sector del movimiento estudiantil con estos tipos que venían del onganiato”

mantenido en circuitos diferentes, no deja de ser cierto tampoco que estos grupos tenían en común una serie de bienes materiales y simbólicos en disputa. El más claro ypreciado de estos bienes era seguramente la universidad pública, más específicamente la carrera de sociología de la UBA, quienes se habían visto obligados a abandonarla no podían dejar de añorar un espacio que habían contribuido a construir, quienes habían conquistados espacios en la misma se resistían a perder las posiciones alcanzadas. Otra disputa, de carácter más general, se daba por la posesión de la palabra legítima en sociología y en ciencias sociales en la Argentina, para ello, los diferentes grupos de agentes buscaron hacer pesar distintos tipos de capitales y hacer valer diferentes fuentes de reconocimiento e instancias de legitimación. Una tercera disputa, vinculada a la segunda y quizás las más interesantes de todas dado que muestra hasta qué punto habían cambiado las reglas que regían el campo académico respecto de la década anterior, será la que se producirá por el monopolio del verbo militante en sociología, es decir por cuál era la orientación sociológica que más eficientemente podía servir a un proyecto de tipo revolucionario.⁹

En un ensayo sobre la sociología argentina en los años '60 y '70, Lucas Rubinich (1999) pone bastante énfasis en distinguir lo que podrían haber sido, típicas disputas entre los nuevos y los viejos en el marco de una institución académica o un simple cambio de paradigma científico, de la desestructuración ocurrida en la UBA a partir de la intervención estatal y del creciente proceso de politización que afectó a docentes y estudiantes de sociología. Al referir a las primeras disputas entre Germani y sus primeros discípulos afirma:

“Este estilo de disputas dentro de un ámbito académico no es demasiado extraño. Los nuevos presionando por ocupar un lugar y para ello cuestionando ciertos aspectos de la visión que sostienen los que ocupan el lugar asentado, los que definen políticas de investigación e influyen sobre el armado de la currícula de formación. Cuando existe una institucionalidad fuerte estas disputas se resuelven sin afectar demasiado el desenvolvimiento de la institución. En este caso los cuestionamientos que pasaban por la ignorancia de la currícula de corrientes como el nuevo

⁹ La propia María Agustina Diez (2010. P. 187-188) afirma “En una etapa signada por procesos de politización creciente, las instituciones del espacio académico, los agentes, sus predisposiciones se fueron modificando en forma vertiginosa a tal punto que era impensable producir conocimiento o enseñar sin vincularse con la realidad política. Todos aquellos que se encontraban en el campo de las ciencias sociales en este período se sintieron interpelados –aunque de formas muy diversas- por el imperativo del compromiso político” En otro trabajo hemos mostrado como desde los sectores marxistizados de los centros privados de investigación se buscó desmontar el discurso de los sociólogos nacionales, reprochándole su falta de rigurosidad teórica y empírica, pero a la vez queriendo hacer del suyo el discurso legítimamente politizado en sociología (Faigón 2012)

marxismo, el estructuralismo y las nuevas corrientes de la sociología americana, podían ser simplemente el movimiento que posicionara de otra manera a los nuevos.” (Rubinich, 1999, p. 40)

En cambio, cuando se refiere a la aparición de las Cátedras Nacionales, lo hace de la siguiente manera:

“La fuerza con la que se realiza la casi abolición de una zona de la tradición científica y se incorporan nuevos referentes de otras zonas culturales, recuerda menos a los cambios (aún a los radicales) dentro de un ámbito académico, que a las rupturas de las vanguardias estéticas. No es un simple cambio dentro del mundo académico, no es una revolución científica, porque no hay una refutación que hable una misma lengua que las columnas principales sobre las que se asienta una tradición determinada que se rechaza. Hay si un cuestionamiento a una manera de conocer (el científicismo), pero asentada, más que en una refutación en donde se descalifica la otra posición aceptando reglas del juego comunes, en una descalificación radical que parece proponer el trazado de un nuevo tablero.” (Rubinich, 1999, p. 34)

Si bien estas apreciaciones nos parecen acertadas y permiten vislumbrar la diferencia entre un proceso de cambio “normal” en el campo académico y uno radical como el que se produjo en la Argentina en la segunda mitad de los años ’60, no podemos tampoco dejar de tener en cuenta que, pese a la autoimagen antiinstitucionalista y antiacademicista que buscaron proyectar las Cátedras Nacionales, lo que las mismas hicieron (y procuraron hacer) fue apoderarse de la estructura académica relativamente autónoma (y no exactamente destruirla) creada durante el periodo anterior, desde la cual llevaron adelante prácticas, que si bien adquirieron un tono y una forma militante, no dejarban de ser académicas, como el dictado de cursos y materias curriculares, la elaboración de ensayos o la publicación en libros y revistas.

Estrategias

Si Germani y los suyos llevaron adelante una estrategia de institucionalización para alcanzar la hegemonía de la orientación científica, logrando desplazar a una posición marginal a los sociólogos de cátedra, viéndose favorecidos para esto por la coyuntura política abierta por la caída del peronismo, también los sociólogos nacionales debieron llevar adelante estrategias para logra convertir su orientación en predominante y apoderarse (o consolidar su apropiación) de un

espacio institucional privilegiado, a partir de las posibilidades que se le abrieron (quizás paradójicamente) con la intervención universitaria¹⁰.

Entre las estrategias apuntadas a ganar y consolidar posiciones institucionales llevadas adelante por las Cátedras Nacionales, la que primero debería destacarse es justamente la de la alianza que le dio origen a la experiencia, de la cual ambos componentes, como vimos, tomaron ventaja. La segunda quizás sea la adecuación de los programas de estudio a los contenidos más politizados que demandaban los estudiantes, quienes se convirtieron en una instancia de legitimación o fuente de reconocimiento de vital importancia durante el período. Otras huellas de las estrategias de los sociólogos nacionales para autolegitimarse y desacreditar a sus adversarios, quedaron registradas en diversos documentos como declaraciones colectivas y ensayos, así como en emprendimientos editoriales como el de la revista *Antropología 3er. Mundo*.¹¹ A continuación, señalaremos y analizaremos, más en detalle, algunas de dichas estrategias.

Antropología 3er. Mundo: revista de ciencias sociales

En noviembre de 1968 apareció el primer número de *Antropología 3er Mundo (ATM)*, a lo largo de sus doce números estuvo dirigida por el joven antropólogo Guillermo Gutiérrez y su colaborador más conspicuo fue el sociólogo Roberto Carri. Hasta el número 6 aparecido durante el segundo semestre de 1970, fecha en la que ciframos el fin de su primera etapa, fue acompañada por el subtítulo, *Revista de Ciencias Sociales*.

Surgida en el ambiente universitario, y fundamentalmente para circular dentro del mismo,¹² muchos de quienes colaboraron en *ATM* fueron también docentes de las CN y más de un artículo publicado en la revista fue incluido luego en los programas de estudio de la carrera.

¹⁰ Una muestra del predominio de la orientación nacional en la UBA durante el período mencionado es que en el primer cuatrimestre de 1969 entre Gonzalo Cárdenas y Justino O'Farrell cubrían 7 materias, entre ellas, las dos medulares, "Sociología Sistemática" e "Introducción a la sociología".

¹¹ Quizás sea necesario reiterar que la traducción de determinadas prácticas como tendientes a un fin distinto del manifiesto no implica una mirada cínica sobre las mismas, sino posibilitar una segunda lectura de dichas prácticas que haga visibles aspectos de aquellas que probablemente ni siquiera estuvieron presentes de un modo plenamente conciente para los agentes que las realizaron.

¹² "*Antropología 3er. mundo* nació en un contexto universitario en el que había que remontar río arriba para rescatar esa línea de "lo nacional". Pero, sin dudar, la universidad- particularmente las humanidades y la sociología- fue la "región objetivo" de la revista, y a la vez su principal fuente de alimentación de ideas y materiales." (G. Gutiérrez; 2009, p. 9) Subrayado nuestro.

Este emprendimiento salió a conquistar el espacio académico de las ciencias sociales y a competir con publicaciones como la *Revista Latinoamericana de Sociología y Desarrollo Económico* editadas por el Instituto Di Tella y por el IDES respectivamente. Si bien estas publicaciones parecían responder a reglas diferentes, esto no implica que no se disputasen un terreno común. Una muestra de ello es que *ATM* llevaba el mismo subtítulo que la publicación del IDES,¹³ El tono y el estilo militante de *ATM*, que la diferenciaba respecto de las otras dos que respondían a un formato más típicamente académico, lejos de colocarla por fuera del campo académico de las ciencias sociales para situarla directamente en el político, la puso en situación de disputarse aquel, pero tratando de hacer pesar otras reglas, básicamente, intentando ganar capital académico a través de la acumulación simultánea de reconocimiento militante. Es decir, con los emprendimientos editoriales ocurrió lo mismo que con las prácticas docentes, darles un tono y una forma militante pudo acrecentar las posibilidades de hacerse fuertes al interior del campo académico

Durante sus primeros seis números la revista constituyó fundamentalmente un espacio para la publicación de breves ensayos o reflexiones sociológicas y filosóficas¹⁴, cuya orientación en términos “teóricos” estuvo dada por lo que se denominaba *pensamiento nacional* y cuyo posicionamiento político-ideológico por la identificación con los movimientos nacionales de liberación del “tercer mundo” y finalmente con el peronismo. Publicar en la misma constituyó una fuente de prestigio militante y científico al mismo tiempo.

Una muestra cabal del estrecho vínculo que unió *Antropología 3er Mundo* con “sociología nacional” es el hecho de que los números 5 y 6 (segundo semestre de 1970) compusieron una antología que reunió 9 artículos elaborados por docentes de las Cátedras Nacionales, cuyo título era “Cátedras Nacionales: aportes para una ciencia popular en la argentina”. La fotografía que ilustraba la tapa de ambos números mostraba una bandera colgando hacia fuera de una de las ventanas de la FFyL ubicada en Independencia 3065 en la que se leía “Facultad tomada por profesores peronistas. Cátedras Nacionales \p/”. La síntesis entre esta imagen, el título de la

¹³ En la nota de presentación de la revista “Antropología, antropologías” (1969, p. 1) definían su temario como tangencial respecto de otras revistas de ciencias sociales.

¹⁴ En sus últimos números (sobre todo a partir del número 10, julio de 1972), siempre a través de su director y de Roberto Carri, la revista quedaría vinculada a la línea política del Peronismo de Base. Entre el sexto y el noveno número *ATM* quedaría atrapada entre lo que había sido su origen y lo que sería su destino final, aunque la lucha interna al campo sociológico ya hubiera quedado de lado.

antología y el contenido de la misma, simboliza muy bien la estrategia por parte de los representantes de la sociología nacional para convertir el capital y el reconocimiento militante (que buscaban continuar acumulando) en capital académico.

Los representantes de la “sociología nacional” además de involucrarse como colectivo en la elaboración *ATM* buscaron publicar por otras vías y lo hicieron en forma de artículos de revistas, fichas de materias o capítulos, pero también en forma de libros. Entre estos últimos merecen destacarse, “Isidro Velázquez: formas prerrevolucionarias de la violencia” de Roberto Carri (1968), “Las luchas nacionales contra la dependencia” de Gonzalo Cárdenas (1968) y “Peronismo/ antecedentes y gobierno” de Fernando Álvarez y Juan Pablo Franco (1972).

Artículos

Una de las obsesiones que marca las producciones entroncadas en la “sociología nacional” es la reflexión sobre la propia práctica sociológica y sus vinculaciones con la política. Es en estas reflexiones donde más nítidamente se explicitan las estrategias de los sociólogos nacionales para ganar posiciones dentro del campo sociológico a través de la estigmatización de las otras orientaciones y la reivindicación de la propia. Es que en su obsesión por anular los límites que separaban los conflictos en el campo sociológico de los producidos en el campo político, los representantes de la sociología nacional siguieron mostrando el profundo interés que tenían por conquistar posiciones dominantes en el primero y desplazar hacia los márgenes a sus competidores. A continuación, analizaremos un artículo aparecido en la antología mencionada en el apartado anterior, que es particularmente ilustrativo a este respecto, “La sociología nacional, Las sociologías y la sociología” de Enrique Pecoraro (1970).¹⁵

El artículo de Pecoraro se propone delinear los fundamentos de la “sociología nacional” y su relación con “otras sociologías”. Pero antes de emprender dicha tarea, el autor nos advierte que el ensayo que estamos a punto de leer no es producto de reflexiones individuales aisladas sino de la experiencia en cursos, charlas y trabajos conjuntos con otros compañeros que aportan a la

¹⁵ Elegimos este artículo por ser especialmente ejemplar respecto de una estrategia reconocible en numerosos ensayos surgidos del seno de la “sociología nacional”. Entre ellos podemos mencionar (y sólo por poner algunos ejemplos) “El formalismo en ciencias sociales” de Roberto Carri (1968), “Doctrina de la Liberación y Sociología Crítica” de Pablo Franco (1970) o “La sociología neocolonialista en la Argentina” de Gonzalo Cárdenas (1970).

consolidación del pensamiento nacional en sociología, alentados por enfrentamientos militantes con el seudocientificismo y su colateral, el reformismo.

Pecoraro rechaza la idea de que el anticientificismo sea la característica fundamental de la sociología nacional y considera que dicha caracterización es un intento de mantener a la misma dentro del “campo científico”. Pecoraro, se opone de raíz cualquier intento de plantear la problemática de la sociología nacional y su enfrentamiento con otras orientaciones “dentro del campo de la ciencia sociológica”, dado que eso implicaría hacer aparecer la lucha entre proyectos políticos que luchan por definir la realidad como una lucha entre escuelas sociológicas.

A continuación, Pecoraro define los fundamentos de la sociología nacional dividiéndolos entre políticos y científicos.

El fundamento político básico es la inscripción de la sociología nacional dentro del proyecto político de liberación de la patria, el peronismo. Proyecto que la convierte en uno de sus momentos teórico-críticos. En la medida que se inscribe en el peronismo adquiere la característica de impugnar la realidad, por eso habla de dependencia y no de subdesarrollo, de superexplotación y no de círculo vicioso de la pobreza, de movimientos nacionales y no populismos burgueses.

Los fundamentos científicos de la “sociología nacional”, estrechamente vinculados a los políticos, que distingue Pecoraro son siete.

1) El Enfoque Totalizador: la “sociología nacional” considera lo social no como conformado por diferentes sectores y factores independientes sino como una estructura unitaria donde se inscriben dos momentos fundamentales, la transformación y construcción de la nueva sociedad.

2) La perspectiva nacional: se trata de conocer la realidad argentina desde una óptica propia, rechazando encararla desde la perspectiva situaciones ajenas. No obstante, reconoce que la situación de dependencia en la que se encuentra la Argentina es común a varios continentes. Una explicación coherente de tal realidad no sólo constituye un deber científico sino principalmente, patriótico, político y militante.

3) Temas: los temas de la sociología nacional se derivan del desarrollo del proyecto político liberador, algunos de los cuales son la dependencia, los proyectos políticos del neocolonialismo y

su geopolítica, tácticas para la contrarrevolución, el desentrañamiento de los flancos débiles del enemigo, la revalorización de los momentos históricos revolucionarios, etc.

4) Crítica histórica: la sociología nacional incorpora la dimensión histórica como una variable de vital importancia reconociendo los invalores aportes del revisionismo histórico.

5) Especificidad conceptual: las categorías básicas que la sociología nacional usa en su análisis son históricas, explicativas y colectivas. Históricas porque refieren a una situación concreta dada, la crítica del proyecto imperialista vigente. Explicativas, porque al contrario de las categorías descriptivas propias del cientificismo, nos remiten a las causas, impugnando el sistema al dar cuenta de su irracionalidad y sus límites. Colectivas porque son utilizables por todos aquellos que padecen la explotación imperialista.

6) Fuentes: la “sociología nacional” no se vale únicamente de lo publicado en el ámbito sociológico sino que recurre a cualquier instrumento que pueda contribuir a la lucha de la que forma parte. Una de las fuentes de las que se vale por ejemplo es el pensamiento de los líderes tercermundistas como Mao, Perón, Fanon, Fidel Castro, el Che, Ho-Chi-Min, Von Giap, y L. Piao.

7) Teleología: la sociología nacional no tiene un fin en sí misma sino que participa de los fines del Movimiento Nacional de Liberación.

Al preguntarse Pecoraro si existe algo en común entre la “sociología nacional” y la sociología norteamericana y sus diferentes derivaciones concluye que sí, y es el hecho de que ambas se vinculan a un determinado proyecto político, mientras la primera se vincula al proyecto de liberación nacional, la segunda lo hace al de la dominación imperialista, escondiéndose bajo los ropajes de la cientificidad, la objetividad o la universalidad.

El artículo de Pecoraro es interesante porque es ilustrativo tanto del interés cuasi obsesivo de los agentes que se inscribieron en sociología nacional por el campo sociológico como de sus estrategias para conquistarlo.

Pecoraro busca (al menos retóricamente) atribuir a la sociología nacional y, por tanto, a los sociólogos nacionales una función y un valor militante y situar la polémica entre las diferentes orientaciones sociológicas en un terreno estrictamente político, borrando toda autonomía del

campo sociológico. Ahora bien, lo que debemos preguntarnos es, si este planteo coloca a Pecoraro y al conjunto de sociólogos nacionales por fuera del juego del campo sociológico. Creemos que la respuesta a esta pregunta es negativa.

Pecoraro escribe en una revista de ciencias sociales, que circula principalmente en un contexto académico, en la que participan fundamentalmente docentes de la carrera de sociología de la UBA (con licenciaturas en ciencias sociales y humanidades) un artículo en que busca consagrar a la orientación sociológica de la cual participa y deslegitimar otras, vigentes en distintos espacios académicos. Considerar que esta práctica no reconoce como un primer horizonte, relativamente autónomo, al campo de la sociología académica, sería dar demasiado crédito a la representación que ofreció de la misma el agente que la realizó.

Dotar a la propia práctica intelectual o sociológica de un valor político y militante (valiéndose para ello también de habilidades obtenidas a través de su experiencia como militantes estudiantiles y/o católicos) estigmatizar a otras orientaciones y agentes atribuyéndoles un signo reaccionario, representar como demasiado porosos los límites entre sociología y política, constituía en aquel contexto (en el que un estudiantado politizado y peronizado se había convertido en una de las principales instancias de legitimación) una estrategia más que adecuada para poder conquistar mejores posiciones en el campos académico.

Documentos colectivos

El colectivo de docentes, científicos e intelectuales que se embarcaron detrás de lo que se llamo “sociología nacional” emitieron, en por lo menos dos ocasiones, comunicados colectivos que fueron publicado en la revista *Cristianismo y Revolución*, en los que si bien buscaban defenderse de lo que podía ser una nueva injerencia estatal en el campo académico, lo hacían a través de la reafirmación de los capitales a través de los cuales habían conseguido ganarse su posición (en muchos sentidos dominante) y probablemente bajo el temor de un regreso de las antiguas reglas de juego.

En el número de enero de 1970 de *Cristianismo y Revolución*, aparece una declaración firmada por numerosos docentes del Departamento de Sociología de la FFyL así como por agrupaciones

universitarias peronistas, fechada en diciembre del año anterior, cuyo título era, “Sociología: instrumento de conocimiento y de lucha”.¹⁶

Los firmantes del documento se manifestaban principalmente contra el potencial intento por parte de las “autoridades de la intervención” de institucionalizar la labor del Departamento de Sociología de la UBA, tras tres años en que les había sido imposible estructurar un plan coherente para el mismo. La institucionalización del Departamento significaba, según los firmantes, a partir del año siguiente incorporar a la sociología nacional como una tendencia más entre otras, limitando de esta manera sus posibilidades de desarrollo político.

En un racconto de su trayectoria en la FFyL de la UBA afirmaban:

“A partir de 1967, en un grupo de cátedras de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (U.B.A.), comenzó a gestarse una experiencia totalmente nueva para la carrera. El hecho principal fue la vinculación de la enseñanza de la sociología con una serie de problemas que hasta ese momento se habían mantenido ajenos a la enseñanza misma; en el mejor de los casos se incorporaban a título de ejemplos o para confirmar teorías sociológicas que en ningún momento cuestionaban. (...) incorporar de manera decisiva el proceso real a la teoría, y por tanto, invertir los términos vigentes haciendo depender de la historia nacional la elaboración teórica y sistemática, significó algo totalmente nuevo entre nosotros. Esta experiencia pronto fue denominada “sociología nacional”.” (“Sociología: instrumento de conocimiento y de lucha”, 1970, p.6)

A continuación, manifestaban que aunque la sociología nacional había surgido como tendencia orgánica en el período de la intervención, aquella había convivido en permanente conflicto con la misma. Evidentemente, a los firmantes no se les escapaba que esta tendencia sociológica que postulaban como políticamente fértil y revolucionaria, había podido surgir en parte como consecuencia de los planes de reforma del nuevo gobierno militar con el objetivo de “facilitar la profundización de la entrega” (p.6). Salvar esa contradicción era necesario para sostener el valor político y militante de la nueva experiencia y, por lo tanto, para legitimar el lugar que ocupaban

¹⁶ Firmaban el documento, Roberto Carri, Juan Pablo Franco, Jorge Carpio, Susana Checa, Alcira Argumedo, Gunnar Olsson, Pedro Krotzsch, Eduardo F. Jorge, María Ernestina Cubiló, Fernando Álvarez, Ricardo Sidicaro, Ernesto Villanueva, Alejandro Peyrou, Horacio González y Daniel Portela. Adherían, Cdo, Gral Valle (JAEN), Agrupación Peronistas Universitarios (FANDEP), Agrupación Estudiantes Peronistas, que juntas conformaban el Bloque Peronista de Filosofía y Letras.

en la academia. Afirmar que la sociología nacional había permanecido en permanente conflicto con la intervención se volvía, entonces, imperioso.

Los planes de institucionalización y regularización del Departamento de Sociología a los que se oponían, podían poner en cuestión gran parte del poder académico que habían acumulado en los últimos tres años a través de la conversión de capital militante en capital académico, de ahí que se opusieran a los mismos con tanto ahínco. Los planes de normalización podían implicar que se los perjudicara adrede pero también cierta regresión a las anteriores reglas de juego y, por lo tanto, una nueva reconfiguración del panorama del campo y de las posiciones que ocupaban en él los diferentes grupos en disputa.

Seguidamente, en el documento, proponían una definición estrictamente política de la sociología, negando “la concepción aristocrática de la ciencia por la ciencia misma” (p. 7) y afirmando que la disciplina o bien se vinculaba al proyecto político de liberación o bien se constituía en un instrumento político de la dependencia.

Cuáles eran estas orientaciones según el documento, justamente todas aquellas que se pudieran catalogar como ‘escuelas académicas’ y que aceptaran los marcos institucionales de la sociología. Toda diferencia entre las mismas constituía [siempre según los firmantes] una fútil y falsa disyuntiva que sólo era útil para producir científicos del sistema que trabajaran, siendo conscientes o no de ello, a favor de las necesidades de dominación del imperialismo. En ese sentido, una de las claves del documento era su crítica al carácter internacional de los marcos institucionales de la sociología, rechazando de plano toda inserción en el mismo. Según su mirada, tanto las organismos internacionales de la profesión (que nucleaban diferentes agencias nacionales) como las fundaciones que financiaban proyectos de investigación y de elaboración teórica, constituían instrumentos adaptados a las necesidades del imperialismo. Al mismo tiempo, eran conscientes que estos organismos eran, tanto los que posibilitaban a muchos sociólogos hacer rentable su profesión, como fuentes de prestigio académico, a través del otorgamiento de becas, viajes al exterior, subsidios, etc.

La inserción en el circuito internacional de la sociología era un capital simbólico del que los sociólogos nacionales no disponían y en cambio sí lo hacían muchos de quienes se habían exiliado en centros de investigación privados luego de la intervención. Desvalorizar dicho capital

e incluso investirlo de un valor negativo, no puede dejar de ser leído como una estrategia en una lucha que tenía como primer horizonte el campo sociológico.

Finalmente, quisiéramos hacer mención a las instancias de reconocimiento y consagración respecto de su propia práctica que reconocen los autores del texto y a las que a su vez se esfuerzan por volver las únicas instancias legítimas, “convencidos que el movimiento nacional y los estudiantes son los únicos jueces válidos de nuestra actividad en la facultad” (p.6). Respecto de los estudiantes, ya mencionamos que se habían convertido en una de las principales fuentes de reconocimiento. Ahora bien, está claro que autoinscribirse en lo que llamaban el movimiento nacional [el peronismo] podía funcionar como una retórica convincente para una audiencia conformada por estudiantes e intelectuales en proceso de peronización, pero al margen de esto, la pregunta que resta es cómo actuaba dicho movimiento, si es que lo hacía, como una instancia de legitimación interna al campo académico. La respuesta es que no lo hacía más que través de agrupaciones universitarias peronistas que tenían como espacio principal de militancia la facultad, las mismas que, por ejemplo, rubricaban el documento en cuestión junto a los docentes.

Conclusiones

A partir del enfoque alternativo sugerido por María Agustina Diez para abordar el período 1966-1976 en la historia de la sociología argentina, hemos interpretado como estrategias algunas prácticas que llevaron adelante los agentes que promocionaron la sociología nacional entre 1967 y 1971, reorientándolas hacia el horizonte del campo sociológico. Dicha enfoque consistiría fundamentalmente en dejar de oponer binariamente politización a autonomía académica para pasar a comprender, cómo, hasta cierto punto, la politización pudo ser integrada (en forma de *capital militante*) a la autonomía relativa del campo sociológico, aunque no sin tener que readaptar profundamente sus reglas de juego.

A lo largo del trabajo hemos intentado mostrar como ciertas prácticas a través de las cuáles los sociólogos nacionales pretendían situarse primariamente como actores políticos, continuaban definiendo un espacio de conflicto relativamente autónomo, dentro del cual dicha pretensión podía justamente darles rédito.

No queremos tomar posición acerca de si durante el período 1967-1971 se produjo, no obstante, un aumento de la dependencia relativa del campo sociológico. Sin embargo, creemos haber

mostrado que, al menos en lo que concierne al período 1967-1971 no se produjo por parte de los “sociólogos nacionales” una fuga hacia el campo de poder, sino que estos procuraron apropiarse de los bienes en juego en el campo sociológico que antes habían permanecido en manos casi exclusiva de los sociólogos científicos y promovieron una orientación sociológica alternativa mediante prácticas que si bien podían valerse de habilidades obtenidas en experiencias militantes no eran ajenas tampoco al mundo académico.

Lo último que quisiéramos mencionar, y que viene a reforzar la tesis que tratamos de sostener en este trabajo, es que tanto en *ATM*, como en los documentos colectivos, e incluso en los ensayos, la principal identidad bajo la cual se reconocían estos sociólogos y/o cientistas sociales, más allá de su adscripción genérica al peronismo, era justamente la del colectivo intelectual y docente al que pertenecían (cátedras nacionales, sociología nacional, etc.). O sea, que podemos decir que se definían a partir del lugar que ocupaban en el sistema de posiciones y oposiciones del campo sociológico. Esto cambió, luego de 1971 cuando algunos agentes comenzaron a definir su identidad más en función de la agrupación política concreta en la cual militaban que de su inclusión en un colectivo conformado por docentes y científicos sociales.

Bibliografía

Programas de la Carrera de Sociología de la UBA 1966- 1967

Antropología Tercer Mundo (1970). 5 y 6.

Antropología, antropologías. (1968). *Antropología Tercer Mundo*. 1, 1-2.

Argumedo, A. (1971). Cátedras Nacionales: una experiencia peronista en la universidad. *Envido*. 3, 55.

Faigón (2012). Sobre algunos cruces y debates en la sociología argentina en los años setenta. *VII Jornadas de adscriptos y becarios del Departamento de Filosofía*. En prensa.

Beigel, F. (2010). Reflexiones sobre el uso del concepto de campo y acerca de la “elasticidad” de la autonomía en circuitos académicos periféricos. En En F. Beigel (Ed.), *Autonomía y dependencia académica* (pp.13-44). Buenos Aires: Biblos.

Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos*. Buenos Aires: Siglo XX

Delich, F. J. (1977). *Crítica y autocrítica de la Razón extraviada. 25 años de Sociología*. Caracas: El Cid.

- Di Tella, T. (1980). La sociología argentina en una perspectiva de veinte años. *Desarrollo económico*. 79.
- Diez, A. (2008). Dos caras frente al espejo: una comparación de las sociologías argentina y chilena entre 1966 y 1976. *Sociohistórica: Cuadernos del CISH*. 23-24, 39-79.
- Diez, A. (2009). *Tesis doctoral. El dependentismo en argentina una historia de los claroscuros del campo académico entre 1966 y 1976*. Mendoza. En http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/3496/tesisdiez.pdf
- Diez, A. (2010). Los dependentistas argentinos. En F. Beigel (Ed.), *Autonomía y dependencia académica* (pp.169-194). Buenos Aires: Biblos.
- Fernández, G. D. (2010). Un mundo de actos. Prácticas de compromiso y exilio de agentes universitarios argentinos. En F. Beigel (Ed.), *Autonomía y dependencia académica* (pp. 271-313). Buenos Aires: Biblos.
- González, H. (2000). Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre. En H. González (Ed.), *Historia crítica de la sociología argentina* (pp. 15-100). Buenos Aires: Colihue
- Gutiérrez, G. (2009). Antropología 3er. Mundo. Cuatro décadas, algunas reflexiones sobre el contexto de origen. *Antropología 3er Mundo. Selección de artículos.*; Buenos Aires: EFFL.
- Noé, A. (2005). *Utopía y desencanto*. Buenos Aires: Miño Dávila.
- O'Farrell, J. (1971). Carta a los compañeros. *Envido*. 4, 74-75.
- Pecoraro, E. (1970). La sociología nacional, Las sociologías y la sociología. *Antropología 3er Mundo*. 5, 75-85.
- Poupeau, F. y Matonti, F. (2007). El capital militante. Intento de definición. En F Poupeau, *Dominación y movilizaciones. Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Rubinich, L. (1999) Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los 60. *Apuntes de investigación del Cecyp*. 4
- Sidicaro, R. (1993). Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina. *Cuadernos Hispanoamericanos*. 517-519, 65-76.
- Sigal, S. (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sociología: instrumento de conocimiento y de lucha (1970). *Cristianismo y Revolución*. 22. 6-7.